



Monseñor Romero: Mártir de la Liberación. Análisis Teológico de su Figura y su Obra

Jon Sobrino

RESUMEN

Este artículo pretende analizar teológicamente la figura y obra de Mons. Romero en sus tres últimos años como Arzobispo de San Salvador. En ese análisis, más allá de la mera descripción de su figura, se quiere encontrar también algo normativo para la Iglesia actual latinoamericana, ejemplificado en Mons. Romero.

Se analizan tres importantes aspectos de su figura. En primer lugar, su fe evangélica, su seguimiento de Jesús, raíz última de toda su actuación. En segundo lugar, su forma de ejercer el ministerio episcopal, proveniente de su fe y concretizado en y para la situación actual. Por último, su juicio e influjo social en el país, desde su fe y a través de su ministerio episcopal. Estas tres dimensiones se han ido influyendo mutuamente en su actuación y han forjado la figura incomparable de Mons. Romero.

Dado el carácter monográfico de este número de la revista ECA sobre el actual proceso del país y desde la perspectiva del proyecto popular, se había pensado incluir un artículo sobre la valoración cristiana del proceso y del proyecto popular. Creemos que en la tercera parte de este artículo se ofrecen suficientes criterios para esa valoración cristiana. Aunque no todos los cristianos hiciesen absolutamente suya la postura de Mons. Romero sobre el proceso actual, su valoración cristiana es sumamente cualificada, es compartida por muchísimos cristianos y por el autor de este artículo.

He conocido durante tres años a Mons. Romero. Lo vi por primera vez en Aguilares la noche en que asesinaron al P. Rutilio Grande, S. J. Una semana antes de su martirio hablé con él por última vez, transmitiéndole la solidaridad de los participantes del IV Congreso Internacional Ecuménico de Teología, celebrado en Sao Paulo. Recuerdo con gratitud su amistad, el impacto de su fe y la inspiración para la reflexión teológica.

Mucho se ha escrito ya y se escribirá sobre

él. Este artículo pretende ser una primera aproximación al análisis teológico de su figura y su obra al nivel evangélico, eclesial y social. Por ser analítico y no meramente descriptivo este artículo pretende esclarecer las raíces de la figura y obra de Mons. Romero, y por ello pudiera ayudar también a la autocomprensión y praxis de la Iglesia en el futuro de la Arquidiócesis de San Salvador y en situaciones semejantes del continente latinoamericano.

1. La fe evangélica de Mons. Romero

Mons. Romero se ha convertido sin duda en una excepcional figura eclesial y social en América Latina. Para comprender su figura, sin embargo, queremos comenzar analizando algo más profundo en él, de lo cual lo eclesial y lo social fue expresión y vehículo. Queremos ahondar en el misterio último de todo hombre, aquello que se esconde en lo más profundo del corazón, aquella raíz de la que surge la vida cotidiana y las acciones en momentos decisivos. Queremos ahondar en eso tan sencillo y tan sublime que se llama la fe.

Quizás pueda parecer muy poco o extremadamente simple comenzar a hablar de Mons. Romero diciendo que fue un hombre que creyó en Dios. Se ha trivializado tanto a "Dios", se da tan fácilmente por supuesto que creemos en Dios o, por el contrario, se le ignora con tanta facilidad, que no parece ser un especial homenaje a su figura ni una adecuada pista teológica comenzar diciendo que creyó en Dios.

Para un cristiano sin embargo, "Dios", lejos de ser un vocablo vacío, lejos de ser una realidad abstracta, lejana e inoperante es el origen primero y el horizonte último de la vida, la justicia, el amor y la verdad; es la exigencia absoluta a que esta vida nuestra sea en verdad digna de hombres, la exigencia a humanizar siempre más todo lo humano y a eliminar siempre cada vez más lo que nos deshumaniza.

Pues bien, lo primero que queremos decir de Mons. Romero es que tuvo una profunda fe en Dios. Conocemos la unción sentida, no fingida, con que de él hablaba en sus homilias, su oración solitaria, sus rezos sencillos y populares. Comunicarse con Dios fue para él algo tan sencillo y normal como la vida misma.

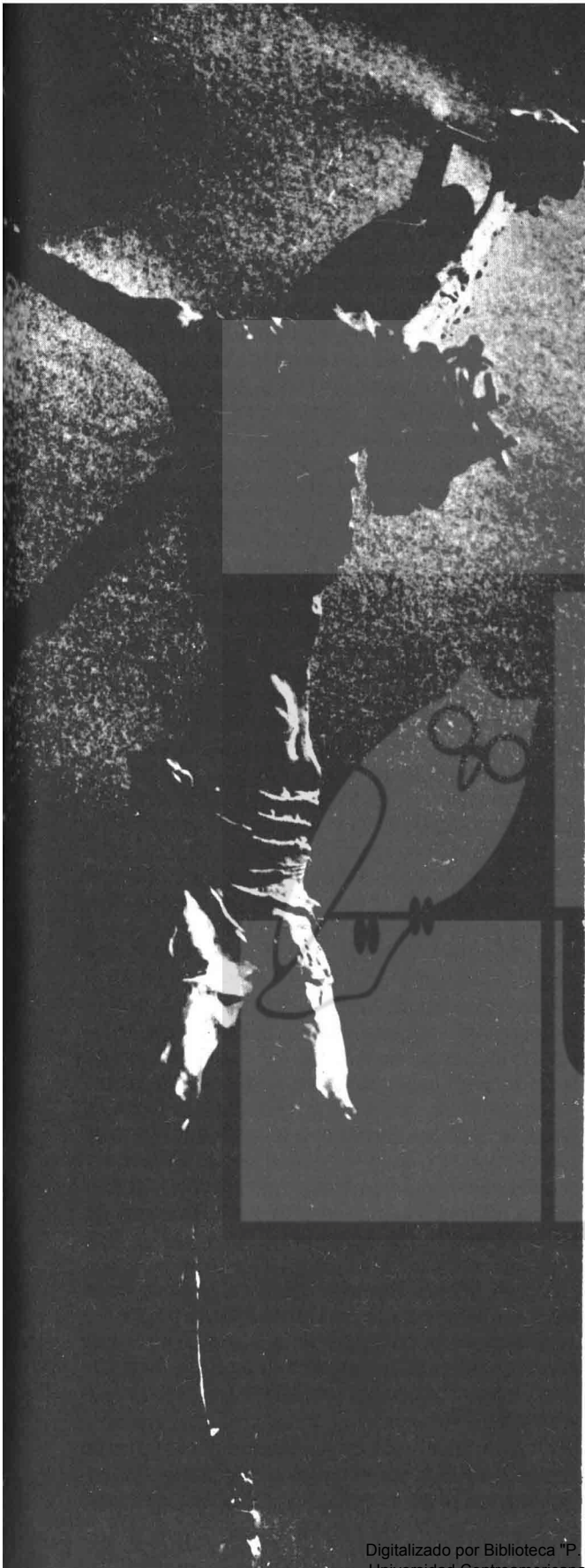
Y queremos decir sobre todo que Mons. Romero creyó en Dios a la manera de Jesús. Por eso queremos analizar su seguimiento de Jesús desde el punto de vista preciso de su fe. Como para Jesús, estar en comunión con Dios, hablar con Dios y hablar sobre Dios significó sobre todo hacer real y efectiva la voluntad de Dios. La medida de la fe de Mons. Romero viene dada por la radicalidad con que defendió la causa de Dios. Como Jesús, buscó y encontró la voluntad de Dios en la vida cotidiana y en las cosas últimas y profundas de la vida. No hizo de la voluntad de Dios algo trivial y rutinario a lo que estamos acostumbrados los cristianos, incluidos sacerdotes y obispos.

No puso límites a la voluntad de Dios en el sinnúmero de normas, aun eclesiales, con que los hombres, hoy como en tiempo de Jesús, queremos empuqueñecer, manipular y aun envilecer a Dios. **Más bien buscó su voluntad allí donde realmente se encuentra;** allí donde se juega la vida y la muerte de los hombres, allí donde el pecado hace de los hombres esclavos y piltrafas humanas, y allí donde surge el clamor de la justicia, la esperanza de una sociedad y un hombre cada vez más humanos. Esto es lo que a continuación queremos explicitar.

1.1. Mons. Romero creyó en el Dios del reino. Por esa su fe en Dios fue, en primer lugar, defensor de la vida, y especialmente de la vida de los pobres. La miseria de los pobres toca al corazón mismo de Dios. Y por ello, como antaño el profeta Isaías, veía en la vida y en sus manifestaciones más primarias la manifestación de Dios. El mundo de la comida, del trabajo, de la salud, de la vivienda, de la educación es el mundo de Dios. El mundo en que "los obreros edifiquen casas y las habiten, en que los campesinos planten viñas y coman de sus frutos" (cfr. Is 65,21) es el mundo que Dios quiere. La miseria y la pobreza es la negación de la voluntad de Dios, es una creación viciada, donde se escarnece y envilece la gloria de Dios. Y para ello no hay explicación ni consuelo en la plenitud de la otra vida, pues la fe en Dios comienza con la defensa de la vida aquí y ahora. La gloria de Dios consiste en el hombre que vive y —como precisó últimamente— en el pobre que vive (Discurso en la Universidad de Lovaina, 2 de febrero de 1980).

Por esa su fe en Dios, Mons. Romero denunció el pecado de nuestro país con una fuerza sólo comparable a la de los antiguos profetas, a la del obispo Bartolomé de las Casas o a la del mismo Jesús. Denunció que la miseria no es el destino natural de los salvadoreños, sino fundamentalmente fruto de estructuras injustas; fustigó con patetismo inigualable la represión, las masacres y el genocidio al pueblo.

No cesó nunca en esa denuncia, pero tampoco la suavizó, ni encontró razones de prudencia para silenciarla. Ni siquiera antepuso, como hacen otros, la seguridad de la misma Iglesia a la necesidad de la denuncia. Sin duda ninguna, oía al Dios que dice: "Aunque recen no les oigo, porque sus manos están manchadas de sangre" (Is. 1,15).



Para él, "pecado" era realmente la ofensa a Dios porque es ofensa al hombre. "Pecado" es algo que da verdaderamente muerte a los hombres, y por ello es mortal. Lo invisible de la ofensa a Dios se le hizo visible viendo la sangre de los cadáveres, oyendo los lloros de madres de desaparecidos y torturados. Dada su fe en el Dios de la vida, ese pecado era la más profunda contradicción con su fe; y por ello su fe le llevó a mantener la denuncia del pecado, a acrecentar el patetismo en esa denuncia y a ignorar los riesgos personales e institucionales que de ahí pudieran sobrevenir.

Por esa su fe en Dios, Mons. Romero propició y luchó por una solución justa para el país. Creyó en el Dios del Exodo, que hoy como ayer, mira a su pueblo cautivo y explotado, que escucha sus gemidos, que sale de sí mismo para liberar a su pueblo y prometerle una nueva tierra.

Pero creyó que esa voluntad liberadora de Dios tiene que ser hecha eficaz. Por ello no se contentó con proclamar la vida y denunciar lo que la aniquila, sino que se puso decididamente del lado de la justicia, es decir, de la lucha por la vida justa de los pobres. No se basaba para ello en cálculos puramente políticos, sino en su fe en Dios. Y precisamente por ello no se detuvo donde otros se detienen: en el conflicto y en la organización de los pobres.

Siendo hombre de paz y propiciando siempre soluciones pacíficas, aceptó por su fe el misterio del conflicto que causa el pecado, y aceptó que ese pecado sólo puede ser superado mediante una lucha contra él. Aceptó con paz, como María, que "Dios eleva a los pobres y derriba a los poderosos" (Lc. 1,52). Aceptar el conflicto histórico, que para unos produjo escándalo farisaico, para Mons. Romero fue una exigencia de su fe en Dios.

Y porque creyó en un Dios que quiere eficazmente la justicia, asumió también la realidad ante la que otros se detienen: los pobres deben liberarse ellos mismos, ellos tienen que ser gestores de su propio destino y no puros destinatarios de los beneficios que vengan "de arriba". Aprendió que en El Salvador lo que está "arriba" son los dioses del capitalismo absolutizado y la seguridad nacional, y que al Dios de la liberación hay que encontrarlo "abajo". Por esa su fe, Mons. Romero impulsó todos los movimientos justos del pueblo que lleven a la liberación.

De esta forma creyó Mons. Romero en el Dios del reino hoy en El Salvador, como en su día lo anunció Jesús: una sociedad justa **para** los hombres y sobre todo una sociedad justa **para** los pobres. Pero creyó también que esa sociedad nueva por la que hay que luchar tiene que ser una sociedad **de** hombres nuevos, **de** los hombres del reino. Por ello no perdió nunca de vista la dimensión moral y espiritual de la persona, sino que alentó a que incluso en el conflicto y la lucha se generen valores humanos, valores de solidaridad, de generosidad, de limpieza de miras, en una palabra, los valores de Jesús en el Sermón del Monte. Y por ello también fue pastor crítico hacia todo aquello que pudiera deshumanizar a los hombres, aun en sus justas luchas.

No le guiaba en esto ni los cálculos políticos ni ciertamente la popularidad o antipopularidad que le ocasionase su continua predicación sobre los valores del hombre del reino. Le guiaba su inquebrantable fe en Dios, quien quiere una nueva sociedad y también unos hombres nuevos. Por ello instaba ya, aun sin esperar a la instauración de la nueva sociedad, a la pureza de corazón, a la magnanimidad, al diálogo, a la disponibilidad a la propia conversión. E instaba también a lo que pocos, sin caer en cinismo, pueden instar hoy en El Salvador, al perdón, a superar los instintos de venganza.

Quien haya conocido a Mons. Romero no verá en estas exhortaciones ingenuidad o repetición rutinaria de verdades cristianas. Verá, más bien, la profundidad de su fe en Dios, que apunta a la utopía del "reino de Dios" y del "hombre del reino". Sabiendo la dificultad de realizar ambas utopías, Mons. Romero nunca renunció a ellas, sino que fue fiel en anunciarlas y fomentirlas porque creía en la utopía de Dios, y porque creía que esa utopía —nunca adecuadamente realizable— humaniza mejor lo que se puede y debe realizar.

1.2. Mons. Romero creyó en el Dios de la verdad. Por esa su fe en Dios Mons. Romero acompañó su lucha por la justicia con la proclamación de la verdad. Nadie ha hablado tanto y tan claro como él sobre la verdad en este país. Como Jesús en su tiempo, pudo decir poco antes de su martirio que en más de dos años de predicación nadie le pudo acusar de mentiroso.

Ese amor a la verdad y la predicación constante de la verdad ha tenido un influjo profundamente humanizador en el país. En primer lugar

Mons. Romero no sólo dijo la verdad, sino toda la verdad. Lo primero, aunque no sea frecuente, suele ocurrir. Lo segundo es extremadamente raro, pues supone no sólo decir la verdad sino sentirse exigido por ella; supone acompañar con la verdad la lucha por la liberación, pero hacer también de la verdad arma de lucha. Supone encontrar en la misma verdad algo que en último término no debe ser tácticamente manipulable, sino que en su misma expresión conlleva la propia eficacia. En este preciso sentido Mons. Romero fue un apasionado decidor de la verdad.

Y en segundo lugar, por su palabra veraz, Mons. Romero devolvió el valor a la palabra tan silenciada, tergiversada y manipulada. Hizo de la palabra lo que debe ser, expresión de la realidad. Si sus homilias dominicales eran tan escuchadas era porque en ellas la realidad del país tomaba la palabra. Los dolores y esperanzas cotidianos, ignorados y tergiversados en los medios de comunicación social por lo general, tomaban la palabra en su predicación. Nadie en el país puede ignorar ya que la palabra, el diálogo, el discurso tiene que estar al servicio de la realidad objetiva y no de intereses subjetivos.

Ese amor a la verdad, ese expresar en palabra la realidad de las cosas, estaban enraizados en su fe en Dios. La respuesta que dan los cristianos después de escuchar la lectura de la Escritura, "Palabra de Dios", no era para Mons. Romero pura rutina, sino compromiso y exigencia a seguir predicando esa palabra y a actualizarla desde la situación del país. "La palabra de Dios no está encadenada", decía Pablo. Y para Mons. Romero hubiese sido un horrendo crimen encadenar o ignorar esa palabra, tal como aparece en la Escritura y tal como se va revelando en los sucesos de la historia. Por ello Mons. Romero habló y habló verazmente. Creyó que Dios es también el Dios de la Verdad, y por ello vio en las manifestaciones históricas de la verdad una exigencia última de Dios y una manifestación de Dios en la historia.

1.3. Mons. Romero creyó en el Dios de lo nuevo. Por esa su fe en Dios Mons. Romero no se asustó de la novedad de la historia, sino que hizo de esa novedad vehículo de su fe en Dios. De dos formas fundamentales mostró su fe en la novedad de Dios.

A un nivel más estrictamente personal supo crecer, cambiar y aun "convertirse". El comienzo de su ministerio en la Arquidiócesis coincidió

con el comienzo de la persecución a la Iglesia y del aumento en la represión al pueblo. Esa novedad histórica le hizo cambiar a él y convertirse. A la edad de 59 años, cuando los hombres ya han forjado sus actitudes psicológicas y sus estructuras mentales, y precisamente desde la cúspide del poder institucional de la Iglesia —que, como todo poder, tiende a establecerse e inmovilizarse—, Mons. Romero mostró la verdadera humildad de los que creen en Dios. Se hizo otro, vibró de manera nueva y distinta con lo cristiano y comprendió de manera nueva y distinta también su mismo ministerio episcopal.

En su gestión episcopal comenzó una novedad pastoral y aun teológica, que ha admirado a tantos y ha asustado a quienes siguen prefiriendo lo antiguo, lo conocido, donde se sienten seguros. Continuamente se preocupó de los nuevos problemas que la historia de su Iglesia y de su país le presentaban. No eligió él los problemas a los que dar respuesta, sabiéndose más seguro en lo tradicional, sino que encaró más bien las nuevas realidades tal como se le iban presentando. Hasta el último momento se ocupó de la novedad de lo que él llamaba pastoral de acompañamiento a los cristianos comprometidos políticamente, y de la novedad política del país y de su futuro, como lo mostró en su constante interés por la situación en Nicaragua. Como a todos, le sorprendía la novedad de la historia, y le problematizaba al sentirse impotente en un primer momento para dar respuesta. Pero no le paralizaba, sino que le animaba a seguir buscando la voluntad de Dios en esa nueva historia.

Esa actitud ante lo nuevo de la historia, ese recoger constantemente el reto de lo nuevo, no era otra cosa que la expresión de su fe en un Dios cuyo misterio es mayor que nuestros corazones, como dice Juan, y mayor que cualquier situación concreta. Mons. Romero aceptó cordialmente que Dios está también en lo antiguo, ciertamente en su revelación en la Escritura, aceptó que Dios está presente en la tradición de la Iglesia, y por ello fue escrupulosamente fiel al Vaticano II, a Medellín y a Puebla. Pero con la misma convicción fue fiel al Espíritu de Dios, que no puede encajonarse ni en las tradiciones eclesiales, porque sopla donde quiere y cuando quiere, y por ello hay que buscar siempre ese lugar y esa hora nuevos, para los cuales no existen itinerarios prefabricados.

Por esa su fe en el Dios de lo nuevo Mons. Romero tuvo que caminar muchas veces solita-

riamente, incomprendido por algunos, incluso obispos. Sólo sabía, como Abraham, que debía recorrer un camino, fiado del Espíritu de Dios. Sabía que Dios es mayor que los caminos ya recorridos y que su misma soledad. Oía la palabra de Dios: "Sal de tu tierra y de tu casa y vete al lugar que yo te mostraré" (Gen. 12,1). Para Mons. Romero creer en Dios significó no acallar nunca esa palabra, no reducirlo nunca a la palabra ya sabida y conocida, sino dejarle ser siempre el Dios de lo nuevo, donde quiera que su Espíritu conduzca.



1.4. Mons. Romero creyó en el Dios de los pobres. Por esa su fe en Dios Mons. Romero encontró en los pobres el camino de creer en Dios. No nos referimos por lo tanto aquí a lo que él hizo en favor de los pobres —lo cual analizaremos más adelante—, sino el favor que los pobres le hicieron a él, y al nivel de su fe.

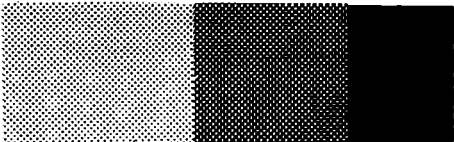
En primer lugar encontró en los pobres lo que hay de escandaloso en el misterio de Dios, entendido cristianamente. En los crucificados de la historia se le hizo presente el Dios crucificado. La dimensión kenótica de Dios, es decir, su abajamiento, que sigue siendo locura y escándalo, y por ello línea divisoria entre la fe cristiana en Dios y otros teísmos vulgares, se le manifestó en los pobres, oprimidos y reprimidos de su pueblo. En sus rostros concretos vio el rostro desfigurado de Dios.

Y en segundo lugar, encontró a Dios desde los pobres. El problema del lugar de encontrar a Dios se le presentó como el problema de encontrar aquel lugar desde el cual, después, Dios puede ser encontrado en cualquier lugar. Mons. Romero solucionó con sencillez lo que en la teología hermenéutica se discute sofisticadamente. Su convicción profunda está bien expresada en la lapidaria sentencia de Puebla. "Por eso —por ser pobres—, Dios toma su defensa y los ama" (n. 1142). Se da aquí una correlación entre "Dios" y "pobres" y una parcialidad en la correlación general entre "Dios" y "creación". Los destinatarios de esa correlación parcial son a su vez los que indican el lugar de la correcta relación a Dios.

Esto no significó para Mons. Romero idealizar al pobre. Significó haber encontrado el lugar donde se conoce algo esencial de Dios y desde donde se concretizan históricamente los criterios de realización del reino, la concreción de la verdad, y la dirección de la novedad. Precisamente en esa concreción parcial se supera la aparente imparcialidad de encontrar a Dios en cualquier lugar y de cualquier forma; y por ello, a través de la parcialidad del pobre pudo Mons. Romero ser imparcial y encontrar a Dios en todas partes.



"Les suplico. les ruego, les ordeno en nombre de Dios con la reprensión"



El misterio del Dios mayor se le mostró, según la paradoja cristiana, en primer lugar en lo pequeño, en lo que es menor. Y desde ese lugar menor es desde donde precisamente Dios se le mostraba siempre mayor. En este sentido se puede decir también de Mons. Romero que fue evangelizado por los pobres. Fue evangelizado por los positivos valores que encontraba en ellos con gran frecuencia, y ellos le pusieron en el lugar de oír correctamente la Buena Nueva de Dios.

1.5. Mons. Romero creyó en el Padre de Jesús y fue su testigo como Jesús. Es evidente que en la anterior caracterización de la fe de Mons. Romero hemos descrito las características del Padre de Jesús. El Dios del reino, el Dios de la Verdad, el Dios de lo Nuevo, el Dios de los pobres son nombres para caracterizar al Dios de Jesús. Queremos sin embargo, terminar este breve análisis recogiendo dos modalidades de la actitud de Jesús hacia el Padre, que reprodujo también Mons. Romero. La fe es don. Pero la fe no se le dio a Mons. Romero de una vez para siempre. Estuvo, como Jesús, expuesto a las pruebas. Tuvo que pasar por la soledad, el no saber, el ataque y la persecución. Tuvo que mantener la fe.

Y la fe no se le dio directamente, sino que, como Jesús, tuvo que ir haciéndola a través de una práctica eclesial e histórica, que para él fue la práctica del ministerio arzobispal y la práctica de un liderazgo, también social, como veremos en detalle a continuación.

Mons. Romero no sólo tuvo fe en Dios, sino que fue el testigo fiel hasta el final. Para muchos cristianos se convirtió en lo que en la Carta a los Hebreos se dice de Jesús, aunque aquí en total plenitud: "Vivió originariamente y en plenitud la fe" (12,2).

Mons. Romero creyó en el Dios de Jesús y creyó como Jesús. Aquí está la raíz evangélica de su figura y de su obra, la raíz de su impresionante calidad humana. Por ello hemos comenzado el análisis de su figura y de su obra con la fe evangélica, porque desde ahí se puede comprender mejor su impacto como Arzobispo y como líder social. En la realidad no se pueden separar fácilmente ambas dimensiones —fe personal y actuación ministerial—, sino que se relacionan dialécticamente, pues la fe es lo que hizo profundizar su actuación, pero a su vez su actuación hizo concretar su fe. Pero no cabe duda de que sin el don de la fe y la calidad de su fe no se puede comprender a fondo la calidad de su actuación.

2. El ministerio arzobispal de Mons. Romero

El creyente y seguidor de Jesús que fue Mons. Romero, fue además "Arzobispo". Nos parece de suma importancia afirmar que la fe de Mons. Romero no se realizó al margen o a pesar de su ministerio episcopal, sino a través de él. No cabe duda de que el episcopado es una de las más importantes expresiones de lo que hay de "institucional" en la Iglesia; y no cabe duda de que lo institucional de la Iglesia está pasando por una grave crisis, precisamente por su incapacidad de ser vehículo adecuado de una fe viva.

Mons. Romero supo unificar de forma sorprendente y poco habitual —aunque en América Latina exista ya un considerable número de obispos en esa línea— fe y episcopado, carisma personal e institución. Al describir ahora la figura episcopal de Mons. Romero trataremos entonces de hacer justicia a su obra, pero indirectamente esa presentación podrá ser una ayuda también para una teología del episcopado, tan necesaria en nuestros días.

2.1. Mons. Romero, como Arzobispo, confirmó en la fe a sus hermanos. Este encargo de Jesús a Pedro lo realizó Mons. Romero a cabalidad y con una sorprendente resonancia. No se puede dudar de que en la Arquidiócesis ha habido un crecimiento y una profundización de la fe. Campesinos y obreros han profundizado la fe de su religiosidad popular tradicional; y grupos de clases medias de fe puramente convencional o incluso alejados de la Iglesia por resabios liberales han vuelto a manifestar su fe en el evangelio. Al nivel de la conciencia colectiva de la Arquidiócesis la fe se ha revalorizado.

Esto es en muy buena parte consecuencia de Mons. Romero. Comprendió muy bien que era obligación suya como obispo confirmar en la fe a sus hermanos. Pero lo comprendió de manera bien precisa.

Comprendió que ese fundamental ministerio del obispo ni es idéntico ni se cumple adecuadamente, sólo a través de la función magisterial, es decir, elaborando, manteniendo e interpretando formulaciones de fe. Ya veremos más adelante cómo no descuidó el ministerio magisterial. Pero comprendió que antes que el magisterio está la fe, antes que las formulaciones está la vida de fe. Por ello vio en el ministerio de confirmar en la fe, algo más profundo y anterior al ministerio magisterial. Pues se trata de confirmar en

aquello que sea nuclear y totalizante en la fe, en el seguimiento de Jesús.

Mons. Romero comprendió que al obispo le toca hacer "creíble" la fe cristiana a su nivel más profundo, pero no en primer lugar porque la proclame y exija con autoridad formal, sino porque él mismo la realice, porque él mismo vaya adelante en la fe, manteniéndose fiel a ella, viéndola en circunstancias concretas, asumiendo los riesgos que de ahí se derivan.

La primera característica del ministerio episcopal es la de ser "testigo" de la fe en la radicalidad y profundidad descritas. Debe ser tal que los fieles espontáneamente crean que él cree, y de esa forma se sientan alentados y confirmados ellos en su fe. Lo que añade el episcopado al testimonio de fe de cualquier cristiano es la grave responsabilidad de ser explícitamente testigo de la fe, y la potenciación que la misma plataforma episcopal ofrece a ese testimonio.

2.2. Mons. Romero, como Arzobispo, fue defensor del pobre y oprimido. En ello no sólo imitó, como otros muchos cristianos, a Jesús, sino que hizo de esa defensa función específica y fundamental del ministerio episcopal. Al nivel de los hechos es claro que pastoralmente se puso de su lado, denunció la miseria y sus causas, se acercó a ellos, defendió sus causas; y es también claro que administrativamente redistribuyó los recursos humanos y económicos de la Arquidiócesis en su favor.

Pero lo importante para el análisis de su ministerio episcopal es que hizo de esa defensa ministerio principal del obispo. De esta forma recobró un dato de suma importancia para la comprensión del episcopado que comenzó en tiempo de la colonia, pero que después desapareció. En aquel entonces el obispo era *ex officio* "protector del indio". Bajo el presupuesto real de que el indio iba a ser marginado, explotado y aniquilado, el obispo tenía, en cuanto obispo, la función de protegerlo, de defenderlo de la explotación y opresión de militares y encomenderos.

Esta profunda intuición cristiana y eclesial de hace cuatro siglos es lo que Mons. Romero actualizó en el presente. Los pobres y oprimidos y todos cuantos estaban en necesidad lo sabían, y por ello acudían a él en sus necesidades como algo evidente. Bien fuese para denunciar injusticias, para reclamar derechos, para mediar en los conflictos de tierras invadidas o de iglesias rodeadas por los cuerpos de seguridad, para en-



contrar a desaparecidos, para todo ello acudían al Arzobispo, pero no sólo como a un amigo en busca de consuelo, sino como a su protector, que debe poner todo su poder episcopal al servicio de la defensa de los pobres y oprimidos.

Si los pobres acudían espontáneamente a él, es porque él había forjado esa figura de obispo. Y de esta forma Mons. Romero consiguió algo sumamente importante, aunque en la formulación pudiera parecer ambiguo. Consiguió “institucionalizar” la opción preferencial por los pobres. “Institucionalizar” no significa en este caso burocratizar o trivializar esa opción. Significa por el contrario que no sólo los cristianos como individuos deben optar por los pobres, sino que la Iglesia, como tal, como institución debe optar por ellos, y debe poner también lo que tiene de institucional a su servicio.

Precisamente por ser Arzobispo, representante máximo de lo institucional de la Iglesia, logró Mons. Romero que pudiese hablarse de la Iglesia de los pobres. Y consiguió de hecho que el pueblo juzgase de diversas instituciones eclesiales a partir de este criterio: la defensa del pobre y del oprimido.

2.3. Mons. Romero, como Arzobispo, evangelizó a la totalidad del país. Cumplió el mandato de Jesús a sus apóstoles de hacer discípulos a “todos”. Como Arzobispo tuvo conciencia de que, precisamente por serlo, a él le tocaba responder por el “todos” de la evangelización, le tocaba evangelizar a “totalidades” humanas, sociales e históricas.

Esta evangelización de la totalidad le fue facilitada por la misma realidad de la Arquidiócesis y del país. Ambos son pequeños, los problemas de todas las diócesis son bastante comunes. Por la importancia que la Arquidiócesis tiene en sí en este país pequeño, por la facilidad de llegar a todo el país a través de los medios de comunicación y por su propio prestigio personal, a Mons. Romero se le facilitó objetivamente el hecho de evangelizar a todo el país. La evangelización de todo el país significó para Mons. Romero tres cosas importantes.

1) Evangelizar la totalidad significa en primer lugar evangelizar a todos los hombres, tratar de anunciar la buena nueva a todos, cualesquiera que sean sus circunstancias personales y sociales. Pero Mons. Romero entendió muy bien que la

totalidad de los hombres está dividida en diversos grupos según criterios pastorales, por no mencionar todavía criterios sociales y económicos. Por ello trató de evangelizar a todos pero de diversa manera, y ello no sólo en los mecanismos de la evangelización, sino en la intención y dirección de la evangelización. Por ello desarrolló la pastoral popular que tuviese en cuenta el necesario crecimiento de la religiosidad popular, la pastoral de acompañamiento para los cristianos más comprometidos en organizaciones y partidos políticos, y la pastoral de conversión para los cristianos que estructuralmente se encuentran en estratos de poder económico y político.

2) Evangelizar la totalidad significa también evangelizar la realidad estructural del país, es decir, la totalidad del país vista no ya desde la totalidad de sus individuos, sino desde las estructuras que condicionan la vida de esos individuos. En este sentido Mons. Romero evangelizó constantemente denunciando las estructuras injustas, anunciando los necesarios cambios sociales, económicos y políticos y propiciando aquellos proyectos concretos que mejor parecen conducir a ese cambio de estructuras. Mons. Romero vio claramente que la Iglesia en el momento actual tiene que aunar el “evangelizar a todos los hombres” con el “evangelizar a toda la realidad social, económica y política del país”.

3) Evangelizar la totalidad significa comprender adecuadamente la función eclesial de los pequeños grupos eclesiales y superar la tentación de que la Iglesia se reduzca a ellos. Es evidente por la misma constitución masiva de la Iglesia que siempre surgirán esos pequeños grupos, o en la forma tradicional de congregaciones religiosas, o en la forma de movimientos de laicos o en la forma más actual de comunidades cristianas de base. No se trata ahora de pasar juicio sobre esos grupos que por su naturaleza tienen que ser reducidos, sino de considerarlos en relación con la totalidad de la evangelización. Nos vamos a referir en concreto a las comunidades cristianas de base, que teóricamente pudieran orientarse según dos modelos diferentes.

Según un posible modelo, la Iglesia propiciaría esos grupos para refugiarse en ellos y encontrar en ellos un último reducto de la fe, en los que además se satisficieran las necesidades cristianas y humanas de un reducido número de individuos. Este modelo como tal implicaría un reduccionismo de la evangelización, y en el fondo un derrotismo de la Iglesia. Se trataría de sal-

var lo que todavía se puede salvar de Iglesia.

Según un segundo modelo, los grupos cristianos —que en la actualidad toman la forma sobre todo de comunidades de base— surgen como producto necesario de una evangelización en la línea de masas. Teniendo en cuenta los problemas del país, teniendo en cuenta la necesidad de implantar el reino de Dios, teniendo eso en cuenta, las comunidades de base surgen como una respuesta a esa exigencia y como un medio para realizarla. Este modelo no es de “reducción”, sino de “concentración”. La Iglesia se concentra en esos grupos, no en directo para atender mejor a las necesidades de unos pocos, sino para ser mejor levadura de la totalidad y, con esa intención explícita.

La última diferencia entre ambos modelos estaría a fin de cuentas en que, según el primero, la Iglesia seguiría mirándose hacia dentro de sí misma y, según el segundo, la Iglesia estaría al servicio del reino, también a través de esas comunidades. En la realidad naturalmente no tienen por qué darse ambos modelos químicamente puros. Lo que queremos señalar es que Mons. Romero, precisamente por su intención de evangelizar la totalidad, propició más bien el segundo modelo de comunidades de base —aplicable a su comprensión de los movimientos cristianos y de las congregaciones religiosas— que el primero. Creía en el fondo que una evangelización a los pocos y una vida cristiana que sólo sirviese a los pocos era una profunda contradicción con la palabra de Dios a todos, y un poner en duda la eficacia de esa palabra sobre todo.

2.4. Mons. Romero, como Arzobispo, evangelizó en totalidad. Con ello queremos decir que comprendió la evangelización como algo que debe expresarse a través de todo lo que es la Iglesia en sus aspectos históricos y transcendentales, personales y sociales, litúrgicos y educativos, etc. A la totalidad del destinatario de la evangelización, antes descrita, la Iglesia debía dirigirse con su propia totalidad.

Mons. Romero no desarrolló especialmente una teoría de la evangelización. Se inspiró más bien en la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, concretándola y completándola en algunos puntos. Ello lo llevó a cabo en su ministerio personal e impulsó a que todos los agentes de pastoral de la Arquidiócesis lo llevaran también a cabo.

1) Mons. Romero dio suma importancia al anuncio explícito de la palabra. Por convicción

cristiana y por carisma personal de predicador hizo de la palabra su instrumento más importante como evangelizador. Anunció esa palabra como palabra de Dios, y de ahí que se detuviese largamente en la explicación de esa palabra en sus homilias. Pero es importante añadir que creía además que la palabra de Dios se seguía manifestando en la historia concreta actual, en "los signos de los tiempos". Creía además que el mero anuncio de la palabra tiene su propia eficacia. No es sólo anuncio sobre verdades, sino que ella misma es verdad, y por ello también eficaz para que se haga realidad lo que en ella se anuncia. Por eso creía profundamente en el anuncio de la palabra como modo de evangelización.

2) Mons. Romero dio suma importancia a realizar la palabra, a hacer que la buena nueva anunciada se convirtiese en la buena realidad. En la tercera parte de este artículo veremos cómo tradujo el anuncio de la palabra en fuerza social transformadora. Lo importante ahora al hablar de evangelización es que el aspecto de realización de la palabra no lo relegó simplemente al nivel ético, subsecuente a una evangelización ya constituida en el anuncio, sino que la realización pertenece esencialmente a la evangelización. De ahí que insistiese en que la liberación integral pertenecía a la evangelización. De hecho en su evangelización se dio una dialéctica entre "anuncio" y "realización" de la buena nueva que se exclarecían mutuamente.

3) Mons. Romero dio suma importancia al testimonio de vida como modo de evangelización, es decir, a la santidad del evangelizador. Creyó profundamente que la eficacia del anuncio va unida a la credibilidad del anunciante, paralelamente a como creyó en el reino de Dios y en el hombre del reino. El aporte concreto más importante de Mons. Romero en este punto fue el de concretar el núcleo de la santidad. El evangelizador debe poseer ciertamente las virtudes cristianas, los rasgos del seguidor de Jesús. Pero como evangelizador debe dar un testimonio fundamental: no abandonar al pueblo, caminar con él y estar dispuesto —como el buen pastor— a dar incluso la vida por él.

4) Si estos tres elementos de la evangelización están presentes en la *Evangelii Nuntiandi*, Mons. Romero enfatizó un cuarto elemento: la denuncia profética. Es conocida su inigualable valentía y su insobornable firmeza en este punto. Lo importante es recalcar que incluso en esta denuncia veía una buena noticia, una especie de

evangelio *sub specie contrarii*. Era una especie de anuncio de lo bueno desde la negación de lo malo. Por ello denunció con extremada dureza la objetividad del pecado, pero al dirigirse a los opresores mantuvo siempre un acento de buena noticia. Ellos también son hermanos, a quienes Dios les exige la conversión, y para quienes —una vez convertidos— existe una buena noticia.

Los poderosos, por su parte, la oligarquía, el gran capital, reaccionaron violentamente contra él. Como de Jesús dijeron de Mons. Romero que estaba loco, que era un nuevo Belcebú, un agitador político que soliviantaba a las masas. El dinero corrió abundante para desprestigiarle y calumniarle. Pocas veces se habrá visto una campaña tan irracional y violenta contra un profeta. Mons. Romero vio en todo ello uno de los precios a pagar para ser auténtico profeta; vio también en ello una verificación de que estaba en la verdad. Y sin embargo vio en ellos también el destinatario de la evangelización. Como Jesús, les avisó del peligro de sus injustas riquezas, y les repetía gráficamente: "quitense los anillos de los dedos, antes de que les corten la mano". Y como Jesús trabajó siempre para darles la verdadera felicidad, aquella que se le dio a Zaqueo después de su conversión: "Hoy ha entrado la bendición a esta casa".

5) Para Mons. Romero el símbolo de su evangelización en totalidad fue la catedral, "su" catedral. Hombre sin ninguna propiedad personal, como lo muestra su testamento, amó a catedral con especial cariño. En ella vio el símbolo de la Iglesia y del país, de su nobleza y de su tragedia. Mons. Romero hizo de catedral su "cátedra" por excelencia, lugar de convocatoria para el pueblo, lugar de unificación de cientos de sacerdotes y religiosas, y lugar de expansión de su mensaje nacional e internacional. Por otra parte "catedral" ha sido el lugar de las masacres al pueblo, lugar de refugio, hospital para heridos, y lugar de despedir a tantos muertos de la Iglesia y del pueblo. Catedral ha sido varias veces tomada por organizaciones populares, varias veces abierta y cerrada, ha sido lugar de liturgias y de huelgas de hambre.

A esa catedral, tal cual es, símbolo de dolor y esperanza, punto de reunión de la Iglesia y del pueblo, Mons. Romero la hizo suya. Desde allí predicó la verdad, en presencia de cadáveres mantuvo la esperanza del pueblo. Y quiso siempre que catedral fuese lo que debía ser por

encima de todo: la cátedra constante del anuncio de la Buena Nueva, de la evangelización. El hombre más bien tímido por carácter se transfiguraba realmente en catedral. En ella tomaba conciencia de que la evangelización era para todos los salvadoreños y para todo el país. El hizo de Catedral el centro de la Iglesia y del país. La historia de la Iglesia y del país no podrá ya ser escrita sin narrar la historia de la catedral de Mons. Romero.

2.5. Mons. Romero desempeñó el ministerio magisterial del obispo. Es claro que ese ministerio episcopal tiene en la actualidad dificultades y que la aceptación del magisterio no es hoy tan evidente como antes. Por otra parte es también claro, sobre todo en América Latina, que existen abundantes documentos episcopales en verdad inspiradores y que están revalorizando el ministe-

rio magisterial. Mons. Romero fue uno de esos obispos que, como maestro de la verdad, revalorizó ese ministerio. Tuvo conciencia de la grave responsabilidad de enseñar, de la dificultad y necesidad de esa tarea y de la necesidad incluso para un obispo, de "aprender a enseñar". Lo más notable y novedoso de su ministerio magisterial consiste en lo siguiente.

1) Mons. Romero supo armonizar el magisterio más universal de la Iglesia, bien al nivel latinoamericano —Medellín y Puebla—, bien al nivel universal —Concilio Vaticano II y Encíclicas Papales— con la actual situación del país. Muestra de ello son sus cuatro Cartas Pastorales, de corte más explícitamente doctrinal, y sus sermones dominicales, de corte más catequético. Esa armonización le fue posible, no por pura fidelidad *a priori* a los documentos de la Iglesia, sino porque buscó y encontró lo que de verdad hay en ellos, y lo que de verdad permanece en ellos.



***"Les suplico, les ruego, les ordeno
en nombre de Dios cesen la represión"***

Comprendió que en el pasado, en lo que otros en la Iglesia han enseñado, hay verdad —por supuesto que en diversos grados— y que en el presente hay una exigencia de verdad. La armonización no se realizó por lo tanto aplicando simplemente documentos más universales a situaciones más concretas, sino buscando qué luz puede dar una verdad ya expresada a la verdad que se busca en la nueva situación, y encontrando esa luz en documentos ya escritos precisamente porque se busca desde una situación concreta.

2) Mons. Romero se sintió exigido por la verdad. Esto significó que no eligió él los problemas sobre los cuales enseñar, sino que abordó aquéllos que la historia le ofreció, por novedosos y difíciles que fuesen de tratar. Enseñó aquello que merecía la pena ser enseñado, por ser exigencia de la realidad, y aunque sobre ello no hubiese siempre una doctrina ya hecha y segura. De ahí que su magisterio no sólo buscara la verdad, sino también la relevancia. Y por ser no sólo genéricamente verdadero, sino relevante, sus Cartas Pastorales y homilias se han difundido ampliamente y han sido incluso traducidas a otros idiomas.

3) En su mismo ministerio magisterial Mons. Romero fue conscientemente pastoral. Esto se refleja en el modo cómo enseñó. Enseñó con firmeza y con humildad. Con firmeza cuando veía con claridad; con humildad cuando la solución a los nuevos problemas era por su naturaleza provisoria, más de búsqueda que de posesión de una solución. Por ello presentó, por ejemplo, su Carta Pastoral sobre las Organizaciones Populares como un primer paso para el diálogo, que por la naturaleza del asunto debe ser continuado.

Enseñó con autoridad episcopal, pero no con exclusividad episcopal. De ahí que sin rehuir su última responsabilidad consultase continuamente con expertos en ciencias sociales, en teología, con analistas de la realidad nacional y su coyuntura. Y tenía sobre todo en cuenta al mismo pueblo. Trataba de responder a las preguntas reales que le hacían los cristianos de la base, y tomaba en cuenta sus opiniones al dar una respuesta. Recuérdese, por ejemplo, la encuesta que pasó a las bases de la Arquidiócesis antes de acudir a Puebla.

Enseñó por último en la medida en que él mismo iba aprendiendo. Sus actuaciones doctrinales daban siempre la sensación de expresar una verdad, que por su naturaleza está abierta a ulteriores concreciones y aun cambios, que por su

naturaleza necesita de un continuo aprendizaje. Esas sucesivas concreciones de su magisterio se debieron no a un puro desarrollo teórico, aunque lo hubo, sino al continuo contacto con la realidad eclesial y social. Mons. Romero aprendió de la realidad, y aprendió cristianamente de ella porque creía realmente que Dios se seguía manifestando en la historia. Por ello enseñaba en la medida en que aprendía. Sin ningún sentido paradójico podemos decir que Mons. Romero enseñó en la medida en que él mismo era enseñado por la realidad. Y con ello expresó algo sumamente importante para el ministerio magisterial de un obispo: unificar la grave responsabilidad de enseñar con la grave responsabilidad de aprender.

2.6. Mons. Romero, como Arzobispo, fue cabeza del cuerpo de la Arquidiócesis. Con ello queremos afirmar que la Arquidiócesis no puede comprenderse sin él, pero tampoco puede ser comprendida su figura sin la realidad de la Arquidiócesis. Esto significa que, al nivel de modelo teórico, la realidad eclesial de la Arquidiócesis hay que comprenderla bajo el modelo de cuerpo cuya cabeza es el Arzobispo. Esto se hizo realidad bajo Mons. Romero.

1) La figura misma de Mons. Romero no puede comprenderse sin la realidad de la Arquidiócesis. Como él mismo confesó, en el mismo comienzo de su ministerio arzobispal se hizo presente lo mejor de la realidad de la Arquidiócesis. El martirio del P. Grande, el apoyo que encontró en la mayoría de los sacerdotes y sobre todo el contacto con el pueblo sufriente le hizo a él otro. A lo largo de tres años, la persecución prolongada, la fortaleza de los cristianos, su dolor y su fe le fueron configurando también a él como Arzobispo. En este sentido se puede decir que Mons. Romero fue un símbolo real, una expresión de la mejor realidad cristiana de la Arquidiócesis. Aunque él aportó la calidad humana y cristiana que hemos descrito, también es cierto que la comunidad cristiana forjó a este Arzobispo.

2) Esta correlación real, no meramente administrativa, entre Arzobispo y Arquidiócesis, explica un doble fenómeno importante: la unificación de la Iglesia y la constitución de un "cuerpo" evangelizador. Mons. Romero unificó a la Arquidiócesis en lo que tiene de intraeclesial. Nunca como ahora ha habido tanta unión entre sacerdotes, religiosos, religiosas y



agentes de pastoral. Esta unificación no ha sido idealista. Entre los diversos agentes de pastoral ha habido una minoría que se han opuesto desde la derecha. Otros querían avanzar más que Mons. Romero en la implicación socio-política de la Iglesia. Con ambos grupos fue comprensivo y también firme. Los de la derecha prácticamente le abandonaron. Con los más avanzados mantuvo un diálogo hasta el final y procuró también oírles y aprender de ellos.

3) Importante en esta unificación es que fue operativa. Las mismas tensiones inevitables trató Mons. Romero de convertirlas en tensiones fructíferas para avanzar. La Arquidiócesis se unificó alrededor de una misión, de la evangelización descrita, y no puramente alrededor de lo intraeclesial. El sufrimiento y la persecución, además cimentaron esa unión.

Pero esa misma misión causó la desunión, no tanto en la Arquidiócesis, pero sí con otros obispos del país, con algunos sacerdotes y con los cristianos pertenecientes a las clases poderosas. En honor a Mons. Romero hay que recordar que no fue él quien se separó de ellos, sino que más bien los otros se separaron de él. Lo que les separó no fue la persona de Mons. Romero, bondadosa y humilde donde las haya, sino la misión eclesial que impulsó. La división entre los obispos, sobre todo, le causó profundo dolor y sería preocupación por el escándalo entre los fieles. La división empobrecía la misión de la Iglesia en el país, y daba apoyo a quienes criticaban a la Iglesia de la Arquidiócesis. Antepuso sin embargo la fidelidad a la pastoral de los pobres, tal como él la veía delante de Dios, al dolor de la división.

4) Esta unificación real de la Arquidiócesis se tradujo en un gran poder de convocatoria eclesial, ciertamente en las misas de Mons. Romero, pero en general en las actividades de la Iglesia. La unificación potenció realmente las actividades de los agentes individuales. Mons. Romero consiguió la constitución de un verdadero "cuerpo pastoral", con sacerdotes, religiosas, catequistas, delegados de la palabra, etc. Como "cuerpo", su eficacia es mayor que la de la suma de sus miembros. El pueblo comprendía que detrás de cada acción eclesial estaba de alguna forma toda la Arquidiócesis con Mons. Romero.

En este sentido, no jurídico o abstracto, sino histórico y eficaz, decimos que Mons. Romero fue cabeza de la Arquidiócesis. El mismo vivía de la mejor realidad cristiana de su pueblo, y ese pueblo veía en él su representante real, su símbolo real. En un sentido profundo, Mons. Romero dejó hacerse obispo por su pueblo, y el pueblo agradeció que Mons. Romero lo constituyese en verdad como cuerpo eclesial.

2.7. Mons. Romero, como Arzobispo, cambió el significado del poder institucional de la Iglesia. Es evidente que la Iglesia como institución tiene, al menos todavía en América Latina, un gran poder social. Pero ese poder puede ser comprendido desde esquemas muy diferentes, cuyos extremos serían el uso de medios político-eclesiásticos para influir o imponer desde arriba normas a la sociedad o reducirse a pura comunidad intraeclesial que abandona al mundo a su suerte o pretende cambiarlo sólo con el testimonio subjetivo de santidad.

Mons. Romero ejerció un poder “institucional”, pero distinto al de los dos esquemas. Sin buscarlo se convirtió en importante líder social del país, mediador y a veces árbitro en numerosos y variados conflictos sociales, a quien acudían grupos sociales de muy diversas tendencias. Lo importante es analizar cómo comprendió Mons. Romero ese poder, cómo se generó, ya que no lo rehusó. Lo importante es ver cómo unificó poder “institucional” y poder al “servicio” de las mayorías pobres.

1) Ciertamente Mons. Romero no comprendió el poder institucional de la Iglesia según el primer esquema. El poder institucional de la Iglesia no debe ser comprendido en analogía al poder institucional del Estado, de modo que el Estado sea el dialogante “natural” de la Iglesia, y el pueblo sea puro destinatario de ambos poderes desde arriba. Según ese modelo, que en el fondo seguiría siendo el modelo de “cristiandad”, el ideal para la institución de la Iglesia sería estar a bien con el Estado, evitar los conflictos con él, o resolverlos —cuando surjan— entre ellos a espaldas del pueblo.

Mons. Romero rompió ese esquema formal por la realidad concreta en que vivió. El pueblo no sólo no es puro destinatario de los beneficios que emanan del poder del Estado, sino que no es destinatario de ningún beneficio. El poder desde arriba, por lo tanto no es un poder ni siquiera para el pueblo. La Iglesia, por lo tanto, no puede repetir ese esquema, y además su supuesto dialogante natural, el Estado, la ha perseguido directamente.

De ahí que Mons. Romero pusiese numerosos gestos para romper el esquema de poder de la Iglesia institucional en analogía al del Estado. Por ello no asistió a ninguna ceremonia, política o eclesial, en que ambos poderes institucionales se presentan al mismo nivel y supuestamente en armonía. Y por ello repitió gráficamente que no es la Iglesia la que tiene problemas con el Estado, sino que es el pueblo quien los tiene; y por esa razón la Iglesia se ha enfrentado al Estado. Con todo ello Mons. Romero quiso poner en claro que el poder institucional de la Iglesia no puede ser comprendido “desde arriba”, como lo es el poder del Estado, ni que su dialogante natural es el Estado.

2) Por otra parte, tampoco comprendió a la institución de la Iglesia como pura comunidad espiritual, ajena a todo poder social. Lo que hizo sustancialmente fue cambiar la noción de poder.

El poder institucional de la Iglesia se debe realizar a través de sus propios medios, sobre todo de la palabra que crea conciencia colectiva, y no a través de medios político-eclesiásticos, buscando concesiones en el Estado. Y se debe realizar en beneficio del pueblo y no de la misma institución de la Iglesia.

Este cambio en la comprensión de poder no lo realizó Mons. Romero por puro desarrollo teórico, sino por un cambio en la ubicación de la Iglesia. La Iglesia encontró su lugar, su hogar, en el pueblo. Y el pueblo, no el Estado, se convirtió en su dialogante natural. Y desde el pueblo aprendió a comprender lo que significa poner su poder al servicio del pueblo. La tan repetida afirmación de que el poder en la Iglesia debe ser “servicio” la hizo real Mons. Romero al insertar a la Iglesia entre aquéllos a quienes debe servir. El poder institucional de la Iglesia se realizó no sólo ya para el pueblo, sino con el pueblo; no ya desde arriba, sino desde abajo.

2.8. Con esta caracterización del ministerio episcopal de Mons. Romero no hemos hecho más que historizar —y por cierto tal como lo pide Puebla (cfr. nn. 682-684)— la figura evangélica del pastor, de Jesús. En él las ovejas estaban a salvo (Jn 10,9), su función fue darles vida y vida en abundancia (10,10), conocía a sus ovejas y las ovejas le conocían a él (10,14), estuvo siempre dispuesto a dar su vida por sus ovejas (10,11).

Es indudable que la fe evangélica de Mons. Romero le ayudó a cristianizar su ministerio episcopal. Pero es indudable también que la plataforma episcopal le ayudó a concretar su fe y a otorgarle una eficacia sorprendente. Con esto queremos decir que Mons. Romero mostró de hecho, sea cual fueren las teorías sobre el ministerio episcopal, que es posible llevar a cabo cristianamente ese ministerio, y mostró también lo importante que es la plataforma episcopal para que la fe cristiana sea eficaz en América Latina. Mons. Romero no teorizó sobre tantos y tan debatidos problemas de la teología del episcopado. Realizó en su gestión una nueva teología del episcopado, que no ignora sus características tradicionales, pero que las concreta y las completa desde una nueva situación histórica. Si desde un punto de vista meramente sociológico no puede esperarse que surjan muchas figuras de la calidad cristiana y humana del Arzobispo Romero, desde un punto de vista teológico tenemos en él un modelo concreto de lo que hoy debe ser un obispo con fe evangélica, y de la importancia de ser obis-

po para hacer esa fe eficaz para la liberación. No es éste pequeño mérito de Mons. Romero.

3. El juicio de Mons. Romero sobre el país

Mons. Romero amó de verdad a su país. Ese amor lo hizo eficaz desde su ministerio de Arzobispo. Sin pretenderlo se convirtió en un auténtico líder en el país. Su influjo sobre el país lo realizó en primer lugar desde lo religioso, aunque esto se tradujo inmediatamente en influjo social —de lo cual él era bien consciente—, e indirectamente en influjo político, en lo cual él no quiso implicarse en forma directa.

Su actuación en lo social puede reducirse al siguiente esquema. Mons. Romero denunció constantemente lo que envilece al país, anunció incansablemente lo que debe ser una nueva sociedad, y trató de humanizar los procesos de cambio. Sería interminable narrar todas sus tomas de postura y actuaciones a lo largo de tres años. En su lugar vamos a tratar de analizar los **principios** cristianos de su juicio sobre el país, y analizar después su juicio concreto sobre los **tres proyectos** que en la actualidad se presentan para el país.

3.1. Principios cristianos de juicio. Al hablar de principios cristianos nos referimos en primer lugar a principios genéricos, que hoy son normalmente aceptados por la Iglesia que surgió de Medellín aunque en grupos conservadores no serían eficazmente aceptados, ni siquiera como principios genéricos.

3.1.1. En nuestra opinión cuatro son los principios fundamentales que guiaron al juicio de Mons. Romero.

1) La Iglesia no es adecuadamente el reino de Dios, sino su servidora. Debe, por ello, practicar aquel amor y aquella justicia que hagan posibles las concreciones históricas del reino de Dios. Debe ser instrumento al servicio del reino, y por esa razón cooperar también con todos aquéllos que, aunque no fuesen explícitamente cristianos, quieren en verdad una sociedad más justa.

2) Los destinatarios primeros del reino de Dios son los pobres. Pero el reino no debe sólo ser construido para ellos, sino que ellos mismos deben ser gestores de su propio destino; de modo que ningún proceso hacia la construcción del reino puede negarles una sustancial participación.

3) Como servidora del reino, la Iglesia debe

propiciar también los valores del hombre del reino, tanto en el proceso de construir una nueva sociedad, como cuando ésta se constituya.

4) Para la Iglesia, impedir, dificultar o anular el reino de Dios y el hombre del reino es pecado. Este, por tanto, se extiende a lo personal y a lo estructural; y su malicia tiene una gradación intrínseca, la cual gradación será importante para juzgar sobre situaciones y procesos.

3.1.2. Estos principios estuvieron muy presentes en la actuación de Mons. Romero, pero además él fue muy consciente de que, en cuanto principios “genéricos” debían ser historizados según los signos de los tiempos. Parte muy importante de su comprensión de lo que son “principios” cristianos fue precisamente la misma necesidad de que deben ser historizados. Con ello revalorizó la tan olvidada pneumatología, es decir, la afirmación de la acción del Espíritu en la historia cambiante.

En nuestra opinión, para comprender los juicios concretos de Mons. Romero sobre el país hay que tener en cuenta la historización de algunos principios claves, de los cuales nos parecen los más importantes los siguientes:

1) Mons. Romero historizó la realidad del “pobre”. Superó ciertamente la noción puramente espiritual de pobre —aunque recogiese lo profundo que hay en esta formulación evangélica—, y describió su rostro concreto en El Salvador, tal como lo hizo Puebla (nn. 31-39). Pero más allá de eso, vio en el pobre no a un individuo aislado, sino a las “mayorías” del país, con lo cual al mencionar al pobre estaba mencionando “el” problema del país. Y concibió a esas mayorías no como suma de individuos, sino como colectividad, como pueblo —por más que sociológicamente haya que matizar esta afirmación—. En esa colectividad vio un grupo social antagónico al grupo social oligárquico, sin detenerse como pastor a analizar el carácter clasista de esos grupos. De esta forma avanzó de la usual concepción del pobre como individuo pacífico y destinatario a lo sumo de una exigencia ética, a una concepción de pobre como colectividad, y que por su misma existencia, y más aún en la medida en que se va concientizando, expresa un conflicto social.

2) Mons. Romero historizó lo que significa que el pueblo debe ser gestor de su propio destino y no puro destinatario de beneficios, supuestos o reales. De ahí que comprendiese la lógica de avanzar de “pueblo” a “pueblo organizado”.

En este sentido defendió como principio cristiano el derecho y la necesidad de que el pueblo se organice. Y alentó positivamente a esa organización, aunque como pastor ni impuso a nadie la obligación a organizarse, ni indicó qué organización concreta es la que llena el ideal del pueblo organizado.

Avanzó además en la comprensión de la finalidad de la organización del pueblo. Desde el comienzo vio la legítima necesidad de organizarse para defender justos derechos y luchar por causas reivindicativas. Pero, sobre todo en los últimos meses, vio también la importancia de la organización del pueblo para que de alguna forma accediese al poder político o estuviese representado sustancialmente en el poder político. Comprendió que ningún proyecto político tendría éxito en beneficio de las mayorías, si el pueblo organizado no participaba de alguna forma sustancial en la conducción política del país.

3) En la promoción de una sociedad más justa introdujo el elemento novedoso de la "viabilidad" de derecho y de hecho. La viabilidad de derecho le llevó a preocuparse y analizar cuál de los proyectos políticos mejor aseguraban que la nueva sociedad más se asemejase al reino de Dios. La viabilidad de hecho le preocupó como pastor; y como pastor y no como analista político indicó también aquellos caminos que en su opinión garantizaban mejor el que la nueva sociedad llegase a ser. Naturalmente que existe una tensión entre la viabilidad de derecho y la viabilidad de hecho, y Mons. Romero así lo captó. Pero lo importante es recalcar que en la historización del reino de Dios no se dedicó sólo a anunciarlo, sino a reflexionar sobre los caminos viables hacia su constitución en el país.

3.1.3. En el proceso de historizar principios cristianos de juicio Mons. Romero fue profundizándolos, incluso a veces cambiando de opinión. Sus Cartas Pastorales y sus homilias dominicales son la historia de esa historización. Es importante señalar, sin embargo, que esa historización, con toda su complejidad y todos sus matices y aun cambios, llevaba una dirección determinada e histórica. Esto hay que mencionarlo porque, sobre todo después de su muerte, es frecuente que se le presente abstractamente como defensor de los derechos humanos, amante de la paz y la justicia, pero en el fondo sin un compromiso histórico. Es cierto que al tocar tantos y tan variados temas, y al hacerlo en circunstancias tan cambiantes siempre se podría encontrar alguna cita interesada, y se podrían contraponer de tal manera que Monseñor Romero hubiese dicho todo, y por ello no hubiese dicho nada. Pero esa ni fue su intención ni la realidad objetiva de su actuación.

Mons. Romero no historizó los principios cristianos genéricos desde la pura racionalidad teológica abstracta, y ni siquiera desde la misma evolución del magisterio de la Iglesia en materia socio-política, aunque sin ninguna duda se ayudó de ambas cosas. El principio de historización fue más bien la historia real del país, o —dicho teológicamente— la manifestación del Espíritu en esa historia. Por ello su juicio iba tomando una dirección suficientemente concreta, según iba descubriendo la voluntad de Dios concreta para el país.

Por otra parte no se puede ignorar, como criterio de verificación de la evolución y dirección de su pensamiento social, la reacción nacional e internacional a sus intervenciones, la



“imagen” pública que de él se fue forjando el pueblo y los diversos grupos sociales. Esa reacción y esa imagen son prueba suficiente de que su actuación llevaba una dirección determinada y de que su compromiso no era con valores universales —paz, amor, justicia, derechos humanos—, sino con los proyectos que mejor los garantizasen.

3.2. Juicio sobre los tres proyectos políticos.

Desde los criterios citados, su historización y su evolución, Mons. Romero enjuició los tres proyectos actuales para el país, que el denominó el proyecto de la oligarquía, el proyecto de la Junta de Gobierno y el proyecto popular.

3.2.1. Condenó claramente el proyecto oligárquico por ser claramente pecado. “Derecha significa cabalmente la injusticia social y no es justo estar manteniendo nunca una línea de derecha”, declaró a El Diario de Caracas (19 de marzo, 1980). En su Carta Pastoral denunció este proyecto como idolátrico, es decir, basado en la mentira, e ídolo además que para subsistir necesita necesariamente víctimas. Este proyecto es cristianamente inviable y para Mons. Romero también históricamente, pues el pueblo tras cincuenta años de miseria y con su actual conciencia política no lo puede tolerar.

3.2.2. Su juicio sobre el proyecto de la Junta de Gobierno varió durante la primera y la segunda Junta. La primera Junta le supuso una esperanza. No bendijo el golpe del 15 de octubre, ni dio un apoyo incondicional, sino crítico. Pero vio en él posibilidades de realizar los principios cristianos antes descritos. En concreto, vio una esperanza en que el golpe no hubiese sido sangriento, en la honestidad e intenciones de muchos de los nuevos gobernantes, en las promesas de reformas radicales y de diálogo con las Organizaciones Populares (OP). (Para un análisis más detenido, ver nuestro trabajo: “La Iglesia en el actual proceso del país”, ECA, 372/373, 1979, pp. 905-922).

Este proyecto tampoco se hizo viable. Siguió la represión, no se esclareció la suerte de los desaparecidos políticos ni se juzgó a los responsables, de lo cual hizo Mons. Romero una exigencia de justicia y de signo de ruptura con el pasado. Las reformas no se pudieron realizar. Las dimisiones masivas de todas las personas honestas del gobierno le convencieron de la inviabilidad del proyecto.

Con la segunda Junta se hizo más claro un proyecto político que Mons. Romero definió como “reformas con garrote”, reformas con repre-



sión. Condenó como siempre, pero con mayor vigor todavía, la inmensa escalada de represión al pueblo en cantidad y en crueldad. Y condenó la intención última de esta represión que es aniquilar las OP, intención de aquella parte del gobierno, que funcionaba, según Mons. Romero, como gobierno paralelo. Con patetismo inigualable llegó a decir a los soldados y a los cuerpos de seguridad que no obedeciesen órdenes injustas de matar. Estas fueron las últimas palabras de su última homilía:

“En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡Cese la represión!” (23 de marzo, 1980).

Con esta represión la anunciada reforma agraria ya se hizo sospechosa. Aunque repitió su necesidad, profetizó su imposibilidad porque, citando la Escritura, la tierra manchada de sangre no fructificará (cfr. Gen 4,12). Una reforma agraria no debe ser concebida como regalo para el pueblo, sino como algo que el pueblo ha merecido con tanta sangre derramada. Mons. Romero explicó, ya en tiempo de la primera Junta, el verdadero sentido popular que debe poseer, y que no encontró en sus inicios de implementación en el mes de marzo. Así habló:

“La reforma agraria no debe hacerse con la intención de encontrar una salida al modelo económico capitalista que permita continuar su desarrollo y seguir acumulando y concentrando riquezas en pocas manos, ahora desde el sector industrial, comercial o financiero. Tampoco debe hacerse para volver a adormecer al campesino e impedir que siga organizando y aumentando su participación política, económica y social. La reforma agraria no debe hacer a los campesinos dependientes del Estado sino que debe dejarlo libre frente al Estado” (Homilía del 16 de diciembre, 1979).

Al denunciar este proyecto político sacó sus consecuencias. Pidió a la Democracia Cristiana que reconsiderase su posición en el gobierno. Cinco días antes de su muerte respondió así a un periodista que le preguntaba sobre este asunto:

“Yo no soy un experto en política y solamente repetiré lo que he oído de analistas del momento. Es un riesgo grave para el PDC estar en un gobierno —que si bien es cierto hay buena intención de realizar reformas estructurales— que está dando una tremenda represión. En ese sentido, el PDC se está haciendo cómplice del atropello al pueblo. Y en esto, quiero expresarle a los periodistas, a ustedes que sean bien claros y objetivos en decir lo que está pasando en El Salvador. Yo he oído muchos testimonios de gente que anda fuera y que no comprenden lo que pasa aquí, pues dicen. “Está la DC, se están haciendo reformas, entonces ¿qué más quieren? ¿Por qué protestan?” Se debe aclarar que sí está la DC, y también las reformas, pero el pueblo lo único que está recibiendo es una represión terrible” (Entrevista a El Diario de Caracas, 19 de marzo, 1980).

Y en este contexto hay que entender también su Carta al Presidente Carter. Los Estados Unidos no tienen ningún derecho a intervenir en el país, a mantener un proyecto que se dice antioligárquico, pero que es en verdad antipopular, y a apoyarlo militarmente precisamente durante la escalada de la represión (cfr. Homilía del 17 de febrero, 1980).

Mons. Romero no tuvo objeciones en principio contra un proyecto reformista “en sí”, si pudiera dar paso a las reformas y a la integración del pueblo y sus organizaciones en la gestión política. Pero no vio cristianamente viable este proceso, aparentemente reformista, y tampoco

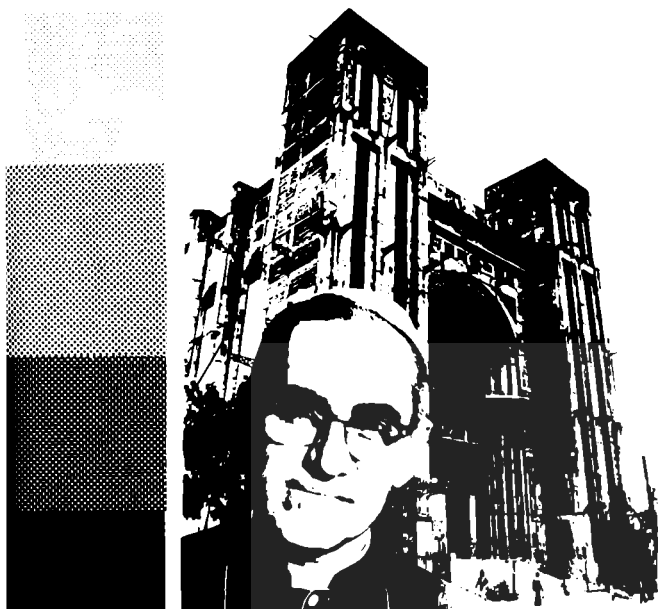
creyó que el pueblo lo soportaría a la larga.

3.2.3. Su juicio sobre el proyecto popular fue evolucionando a lo largo de los tres años, hasta que en los últimos tres meses lo vio como el que ofrece más esperanzas para el país. Y ello por dos razones: por la inviabilidad de los dos anteriores y por el mismo proceso de maduración de las OP, principales conductoras del proyecto popular.

Ya mencionamos antes cómo la historización de la realidad del “pobre” y de ser “gestores de su destino” llevó a Mons. Romero a enfrentar claramente la problemática de las OP. A este tema dedicó buena parte de su tercera y cuarta cartas pastorales. Quisiéramos ahora resumir brevemente su postura hacia ella, que se nota en la crítica, en el sentido de esa crítica, en el apoyo y en la esperanza que en él suscitó. Fue pues una postura compleja y matizada, pero con una dirección suficientemente clara.

Mons. Romero criticó todo lo que vio de errado y peligroso en las OP, tanto desde el punto de vista cristiano como humano. Criticó todo lo que le pareció deshumanizador para los miembros de las OP y para su acción sobre el país. Les avisó severamente del peligro de absolutizar bajo todo punto de vista la propia organización, del peligro de reduccionismo a lo puramente político, abandonando otras áreas de la vida. Les acusó varias veces de dogmáticas y aun sectarias, lo que las dividía entre sí y las separaba de otros grupos políticos y aun de parte del pueblo. Denunció algunas de sus acciones desproporcionadamente violentas, y denunció en ocasiones —aunque esto no lo vio como algo típico de las OP, sino de los grupos político-militares— la violencia que se torna terrorismo. Les acusó de arrogarse una excesiva representatividad de todo el pueblo, de no respetar en ocasiones los sentimientos religiosos del pueblo y sus símbolos más significativos, y en algunos casos más extremos de querer manipular o arrebatar al pueblo su fe cristiana. En algunas épocas, sobre todo durante la primera Junta, se sintió personalmente herido por las críticas hacia él y por algunos signos de deslealtad.

Es importante, sin embargo, aclarar bien el sentido de esta crítica. Su amor a la verdad, le movió siempre a denunciar lo que veía errado, comprendiendo de antemano que un fenómeno social tan voluminoso como el de las OP necesariamente tenía que estar sujeto a errores. Pero su crítica hacia ella no fue como la crítica hacia los



*"Les suplico, les ruego, les ordeno
en nombre de Dios cesen la represión"*

otros dos proyectos. Criticaba por la esperanza que en ellas veía, para mejorarlas, para que estuviesen más y mejor al servicio del pueblo. La absolutización de lo político lo denunció porque de esta manera "puede desinteresarse prácticamente de otros problemas reales o desatender a los criterios ideológicos de las bases" (4a. CP, n.49). El sectarismo lo denunció porque "convierte una posible fuerza del pueblo en un obstáculo para los mismos intereses del pueblo y para un cambio social profundo" (ibid.). La desvalorización de la fe cristiana la denunció porque era un irrespeto a la realidad de la fe del pueblo y porque "sería un error poner en contradicción los dinamismos de las organizaciones y los dinamismos de la Iglesia" (ibid., n.66).

Por otra parte Mons. Romero veía en las OP una serie de valores humanos y cristianos, beneficiosos para el país y de los cuales la misma Iglesia tenía que aprender. Admiró lo justo de su lucha, la carga ética de sus causas, la generosidad y firmeza en la entrega, la disponibilidad a dar la vida y la cercanía al pueblo, mayor que en otros grupos políticos. Y admiró esos valores aun sabiendo que en las OP había cristianos, pero también no creyentes. Esto último no fue obstáculo para darles su apoyo y su admiración, pues estaba convencido que también "más allá de los límites de la Iglesia hay mucha fuerza de la redención de Cristo y los intentos libertarios de los hombres y de los grupos, aun sin confesarse cristianos, son impulsados por el Espíritu de Jesús" (3a. CP. n.106).

En los últimos meses, manteniendo su apoyo y su crítica, comprendió que las OP habían entrado en una etapa que en su conjunto juzgó positivamente. La unidad y superación del sectarismo que les pidió se hizo una incipiente realidad en la creación de la Coordinadora Revolucionaria de Masas, y en la apertura hacia otras fuerzas sociales y políticas democráticas. Mons. Romero no llegó a conocer la creación del Frente Democrático, constituido el 2 de abril. Pero conoció y le ilusionó los inicios de ese movimiento. De hecho, a través del Socorro Jurídico del Arzobispado se hizo él mismo de alguna manera presente en el Documento "Alto a la Represión", firmado por varias instituciones democráticas. La creación de este Frente Democrático es producto de la voluntad de varios grupos democráticos, pero ha sido posibilitado también por la apertura y el deseo de la Coordinadora en aglutinar otras fuerzas sociales para el proyecto popular.

También le agradó el hecho de que la Coordinadora presentara una Plataforma unificada, pues suponía una nueva forma de unificación, y respondía a una petición explícita de Mons. Romero para que el pueblo supiera hacia dónde quieren dirigir el país. No pudimos conocer ya su juicio sobre el contenido de la Plataforma. Sólo nos queda su respuesta en la entrevista ya citada cuando le preguntaron por el programa de la Coordinadora: "Lo conozco y lo acepto como una pista de discusión para el pueblo. Tiene que ser una apertura para recibir críticas y aportaciones de todos los sectores del pueblo, para que sea él quien se forje el gobierno que desea".

Finalmente, en esta última etapa de la Coordinadora le preocupó e insistió en que el nuevo proyecto respetase los valores religiosos y humanos del pueblo. La presencia de muchos cristianos en las OP y la disponibilidad al diálogo de las OP y su Coordinadora con instituciones eclesiales y cristianas le dieron una cierta garantía de ese respeto. En este punto insistió mucho por su obvia responsabilidad como Arzobispo de la Iglesia, pero también por su conciencia de salvadoreño. El proyecto popular debe recoger la fe cristiana porque es una importante realidad del pueblo.

Hacia este proyecto popular, tal como se está gestando, sin idealizarlo, corrigiéndolo y exigiéndole cada vez más madurez mostró Mons. Romero una gran esperanza. Desde su homilía del 20 de enero de 1980 lo repetía constantemente.

te. Mons. Romero ciertamente no se **identificó** con ésta ni con ningún otro proyecto político concreto, pues como Arzobispo ni podía identificarse con proyectos políticos, en el sentido estricto del término, y creía además que una cierta distancia era incluso más fructífera para los procesos del país. Pero por otra parte, no cabe duda de que veía en el proyecto popular la mejor y más viable traducción al nivel político, de la opción por los pobres que el defendió radicalmente al nivel pastoral.

Por ello sería un error presentar a Mons. Romero como hombre de “centro”, guardando un equilibrio simétrico entre la “izquierda” y la “derecha”. Sería un error presuponer que Mons. Romero actuase con un principio **negativo** de evitar extremos. Actuó más bien por principios **positivos**: dónde hay más verdad, más justicia, más posibilidades de paz. Y eso lo encontró en más abundancia y con más posibilidades en el proyecto popular. No quiso caer en la trampa que la misma nomenclatura de “derecha”, “centro” e “izquierda” ofrece, como si a un obispo le tocara *ex officio* elegir el “centro” o la “derecha”. Cuando en la entrevista citada le preguntaron que representaba para él la “izquierda” respondió: “Yo no las llamo fuerza de izquierda, sino ‘fuerzas del pueblo’...” “Lo que llaman ‘izquierda’ es pueblo. Es organización del pueblo y su reclamo son los reclamos del pueblo”. Mons. Romero no optó por no optar, que es lo que eficazmente significa “centro”, sino que optó realmente por el pueblo, optó por las mayorías pobres que son el pueblo.

3.3. El papel de la Iglesia en el actual proceso. Mons. Romero vio con claridad que el país pasa por un proceso y por un proceso conflictivo en el que los protagonistas de los tres proyectos políticos tratan de sacar el suyo adelante. Mons. Romero vio con claridad que la Iglesia no sólo debe juzgar sobre los proyectos políticos, sino que debe juzgar sobre el proceso mismo y debe introducirse como Iglesia en ese proceso para humanizarlo según los valores cristianos.

3.3.1. Mons. Romero tomó postura sobre lo que de conflictivo hay en el proceso y, más en concreto, sobre la violencia. Su problema fue determinar la legitimidad o ilegitimidad de la violencia, y además —ya que se da de hecho— humanizarla en lo posible.

1) Para el juicio ético fundamental sobre la violencia, Mons. Romero distinguió entre la violencia originante y la violencia de respuesta,

recordó la doctrina tradicional de la proporción de la violencia en legítima defensa y actualizó la gradación de violencia, como lo presenta Medellín.

Según ello condenó claramente la primera violencia originante de la injusticia institucionalizada, que se traduce en violencia institucionalizada y, más en concreto para el país, en represión generalizada. Desde ahí vio como legítima y justa la violencia de respuesta. En la misma constitución de las OP vio una primera respuesta a la injusticia estructural, cuyos medios además no son esencialmente violentos, sino de presión social. Cuando esas OP, haciendo uso de su presión social, son atacadas, tienen legítimo derecho a defenderse. Así lo expresó en un párrafo cuidadosamente redactado de su Cuarta Carta Pastoral.

“Sabemos también cómo la mayoría de los campesinos, obreros, pobladores de tugurios, etc., que se han organizado para defender sus derechos y promover legítimos cambios estructurales, son simplemente juzgados de “terroristas” y “subversivos” y por ello son capturados, torturados, desaparecidos y asesinados sin que cuenten prácticamente con una ley o una institución judicial que los proteja o les dé oportunidad de defenderse y probar su inocencia. Ante esta situación desventajosa e injusta ellos se han visto obligados muchas veces a autodefenderse aun en forma violenta, y nuevamene, encuentran como respuesta, la violencia arbitraria del Estado” (n. 71).





Dentro de la legítima violencia en autodefensa, Mons. Romero condenó lo que hubiera de desproporcionado en la autodefensa, y condenó claramente también —aunque eso no fuese típico de las OP sino de grupos paramili-político-militar— la violencia terrorista. Aunque en principio sea a veces difícil distinguir entre violencia armada legítima y puro terrorismo, Mons. Romero tuvo sumo cuidado de analizar las situaciones y condenar el terrorismo.

Por ello Mons. Romero no solía repetir la condena de la violencia “venga de donde venga”, sino que en forma poco usual en el lenguaje de obispos dijo: “La Iglesia no puede afirmar, en forma simplista, que condena todo tipo de violencia” (4a. CP. n.69). Más bien trató de analizarla cuidadosamente y juzgar de ella según los casos.

2) Pero Mons. Romero no se contentó con juzgar de la legitimidad o no de la violencia, sino que trató de humanizar el mismo proceso en lo que tiene de violento. Aun en el caso de que la violencia sea **justa**, Mons. Romero trató de hacerla **buena**. Esto significó avisar de los subproductos negativos que una violencia, aun legítima, puede generar históricamente. Por ello advirtió

constantemente de superar el odio, el instinto de venganza, hacer de la violencia el primer y fundamental medio de eficacia. Y condenó enérgicamente lo que él llamaba la mística de la violencia.

Positivamente animó a usar y creer en la eficacia de los medios pacíficos, aun cuando la violencia fuese en parte necesaria. Mons. Romero no fue un pacifista sin más. Fue un hombre pacífico por carácter. Pero como Arzobispo fue un pacificador en el sentido más estricto de la palabra, un hacedor de la paz. Y por ello para humanizar aun la violencia justa recordaba constantemente todos los otros medios necesarios para la construcción de la paz, como son la justicia, el diálogo, la verdad, la magnanimidad.

3) Mons. Romero vio también la posibilidad de una insurrección armada. Tocó el tema por extenso en su última Carta Pastoral, y a ello aludía a veces en sus últimas homilias. Consciente de su influjo social procuró evitar con su actuación una psicosis de guerra, aunque tuvo que reconocer que el número de muertos era ya tan elevado que la situación se asemejaba a una guerra civil larvada. Procuró siempre, sin embargo, animar a evitarla, a buscar otros medios para conseguir los cambios radicales en el país. Eso le

movió en un primer momento a apoyar el intento de la primera Junta. En la actualidad veía una esperanza en que el proyecto popular acumulase tal poder social y entre tantos sectores sociales que el cambio pudiera ser lo más pacífico y menos violento posible. Sin embargo, no excluyó la posibilidad de la insurrección. Luchando hasta el final por la reconciliación, viendo en ello una de sus tareas principales, respondió lacónicamente, cuando se le preguntó qué ocurriría si no es posible la reconciliación: "Pues, es el caso de la insurrección que la Iglesia admite cuando se han agotado todos los medios pacíficos" (Entrevista del 19 de marzo, 1980).

3.3.2. Mons. Romero vio el proyecto popular como el mejor para los salvadoreños, el que mejor parece garantizar estructuras duraderas de justicia. Pero por su conciencia eclesial insistió y

se preocupó porque ese proyecto fuese hecho con lo mejor de los salvadoreños y promoviese, una vez realizado, los valores de los salvadoreños. Por decirlo en lenguaje teológico se preocupó del reino de Dios y del hombre del reino. En ese sentido profundo y no rutinario exigía la conversión de las estructuras y la conversión del corazón.

Su interés por el hombre y no sólo por las estructuras se dejó notar fuertemente cuando hablaba a cristianos como cristiano, pero también cuando se dirigía a los salvadoreños en general. En el primer caso recalcaba los valores explícitos de la fe cristiana, la fe en Dios, la oración, la apertura a Cristo, como realidades que para él como cristiano humanizan de verdad al hombre. En el segundo caso ofrecía los valores cristianos más auténticos, aunque no fuesen reconocidos en cuanto cristianos, para que surgiera un nuevo hombre salvadoreño.

Ese hombre debe ir haciéndose ya en el actual proceso, aun en lo conflictivo, como hemos visto. Y ese hombre debe ser pensado para el futuro de una nueva sociedad. Aunque no conocemos su análisis de la Plataforma de gobierno de la Coordinadora, creemos que hubiese insistido



***"Les suplico, les ruego, les ordeno
en nombre de Dios cesen la represión"***



—y en ello hubiese visto probablemente el aporte más típico de la Iglesia— en analizar los valores humanos, culturales, espirituales y cristianos de los salvadoreños. Hubiese reconocido que un documento de ese tipo tiene normalmente más en cuenta el análisis de los problemas estructurales del país, pero hubiese advertido que los problemas humanos no se resuelven automáticamente con nuevas estructuras, aunque éstas sin duda ayudan. Hubiese reconocido que las estructuras no se cambian con sólo la bondad de corazón, pero hubiese recordado que el corazón del hombre tampoco se cambia con sólo mejores estructuras. En este sentido repetía que el proyecto popular debiera recoger y potenciar lo mejor del hombre salvadoreño, de su herencia cultural y de sus valores religiosos.

3.3.3. Mons. Romero vio por último que para humanizar este proceso la Iglesia debe estar presente en él. No debe desentenderse de él, o juzgarlo meramente desde fuera, aun en presencia de los conflictos y ambigüedades históricas, inherentes a todo proceso. Es muy claro que él mismo se hizo presente en el proceso, tanto desde la globalidad de su actuación como Arzobispo, como en las innumerables ocasiones concretas en que le tocó dialogar, mediar y acompañar al pueblo. Y es claro que pidió a todos los cristianos y también a los sacerdotes que se hiciesen presentes en el proceso, sin rehuir lo más difícil de él, el acompañamiento de los cristianos políticamente comprometidos.

Creyó que la presencia de la Iglesia en el proceso debía ser desde su propia especificidad, es decir, como fuerza evangélica que se transforma directamente en fuerza social e indirectamente en fuerza política. Y ello para bien del propio proceso y para que el apoyo de la Iglesia fuese más eficaz. Aunque mantener la especificidad eclesial en el proceso pudiera parecer de menor eficacia política a corto plazo, Mons. Romero estaba convencido —y la historia se lo iba mostrando— que a la larga su influjo eclesial era mayor y más humanizante.

No creyó que le tocaba a la Iglesia en cuanto tal dirigir el proceso, sino hacerse presente a la manera de levadura. **De derecho** veía que no correspondía a la Iglesia asumir un liderazgo político, aunque en su misma figura se diese un inmenso liderazgo social. Y **de hecho** sabía que entre los protagonistas reales del proceso existían mucho cristianos, pero también no creyentes. Por ello la presencia de la Iglesia se debía realizar



no a través de mecanismos puramente políticos sino a través del peso objetivo de su verdad, su racionalidad y su influjo social.

Mons. Romero vio la presencia de la Iglesia sumamente importante para el proceso mismo, pero también para el futuro mismo de la Iglesia. Una Iglesia que no se hiciese presente en el proceso podría ser desplazada después por quienes —por hipótesis sin la Iglesia— hubiesen entregado su sangre y su vida en favor de un proyecto popular. Mons. Romero no creía, como es tan frecuente, en un derecho abstracto de la Iglesia a tener voz e influjo en la sociedad. Una Iglesia que —por hipótesis— hubiese abandonado al pueblo en su proceso no podría pretender después presentarse ante el pueblo.

Finalmente Mons. Romero quería la presencia de la Iglesia en el proceso por una razón muy sencilla y profundamente cristiana: la encarnación. La primera verdad que se dice de Cristo se debe decir también de la Iglesia. No es infrecuente que la Iglesia ante procesos nuevos, conflictivos y ambiguos sienta la tentación de mantenerse al margen de ellos, juzgando a lo sumo desde fuera. Y no es infrecuente que para ello se invoque la transcendencia de la fe.

Mons. Romero creyó profundamente en la transcendencia de la fe, de la cual es depositaria la Iglesia. Pero lo creyó de una manera cristiana. Y por ello creyó que la Iglesia debe encarnarse en la realidad tal cual es. Y debe mantener la transcendencia de su fe no alejándose sino ahondando en esa realidad concreta, juzgándola y aprendiendo de ella, humanizándola siempre más y eliminando siempre lo deshumanizante. El "más" que surge siempre en la profundización de lo humano es lo que dirige a la Iglesia a la auténtica transcendencia de Dios.

Por ello, por esta razón de fe, creyó Mons. Romero que la Iglesia debe hacerse presente, y a la manera de Iglesia. Sin esa presencia en el actual proceso la Iglesia simplemente dejaría de ser Iglesia cristiana, la Iglesia de Jesús, la Iglesia que cree en Dios.

Terminemos por donde comenzamos. Si Mons. Romero tuvo una tal actuación como líder eclesial y social, fue por su profunda fe en el Dios de Jesús. Por ello un hombre tan religioso, tan espiritual, tan seguidor de Jesús, sin dejar de serlo sino precisamente por serlo, supo renovar la vida de la Iglesia y supo orientar al país en el camino de su liberación.

Su martirio no hizo sino confirmar la verdad de su vida y de su causa. Previó el martirio desde su fe en Dios y como su último servicio a la Iglesia y el país. En una entrevista con Excelsior de México, dos semanas antes de su muerte, así lo dijo:

"He sido frecuentemente amenazado de muerte. Debo decirle que, como cristiano, no creo en la muerte sin resurrección: si me matan, resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se lo digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad.

Como pastor, estoy obligado, por mandato divino, a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños, aun por aquellos que vayan a asesinar me. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre por la redención y resurrección de El Salvador.

El martirio es una gracia de Dios que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad.

Mi muerte, si es aceptada por Dios, sea por la liberación de mi pueblo y como un testimonio de esperanza en el futuro. Puede usted decir, si llegasen a matarme, que perdono y bendigo a quienes lo hagan.

Ojalá, sí, se convenciesen que perderán su tiempo: un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás".

10 de abril, 1980.